

Restauración de la iglesia de la Merced, de los Padres Jesuítas



I

Antecedentes históricos y erección de la iglesia

Como exordio a la inauguración oficial de la restauración lograda con tanto éxito, y con objeto de que los buenos católicos burgaleses se ilustren durante los días de la solemnísimá novena a la Purísima Concepción de María, en el historial, arte, estilo y, al propio tiempo, se enteren de los trabajos realizados en la iglesia, están destinados estos cuatro breves reportajes.

En esta última década se han restaurado y ampliado con la técnica, artística más depurada, las siguientes iglesias burgalesas: la de San Cosme y San Damián, promovida por su actual párroco don Timoteo de la Peña; la de San Pedro de Cardeña, patrocinada por la Dirección General de Bellas Artes; la de San Pedro y San Felices, conservando la parte antigua y ampliada con una adaptación acertadísima a la construcción primitiva, obra de su actual párroco don Félix Bringas; la del convento de Madres Doroteas, arquetipo de restauraciones en su género y, últimamente, la de la Merced, promovida por los Padres Jesuítas.

Con toda justicia puede ufanarse la archidiócesis de Burgos con estas restauraciones, y, ni que decir tiene, nuestra capital.

Puesto que esta iglesia perteneció en sus principios a la Orden de la Merced, daremos una breve reseña de la misma. Durante la Edad Media, el litoral de nuestro Mediterráneo estaba infecto de audaces piratas, alentados y protegidos por los turcos, impidiendo toda seguridad en nuestras comunicaciones por este mar y, de una manera especial, con nuestras posesiones italianas y africanas. Pese a las cédulas reales y a la vigilante

actividad de nuestros monarcas, gran cantidad de corsarios surgían de sus madrúgueras y con sus típicos y salvajes abordajes a nuestros barcos, millares de cautivos yacían en las mazmorras de los puertos de las costas africanas en espera de ser rescatados.

Con el objeto de mitigar los sufrimientos de estos desgraciados, dos grandes santos fundaron sendas Ordenes religiosas destinadas a la redención de cautivos: San Juan de Mata, en el siglo XII, la de los Trinitarios y San Pedro Nolasco, en el XIII, la de la Merced. Ambas tuvieron sus monasterios en nuestra ciudad, con sus monumentales y artísticas iglesias. El primer conde de Castañeda costeaba en el año 1375 la iglesia de los Trinitarios, restos de la cual es residencia de los Venerables.

En cuanto a los Mercedarios también tuvieron su convento e iglesia sin que se sepa exactamente su primer emplazamiento hasta el siglo XV, aunque se supone existió en «Villa Buena», de los barrios altos de la ciudad.

El primer promotor de la fundación del antiguo convento fue el famoso obispo Alonso de Cartagena, y en la de la iglesia que estamos estudiando la noble familia de los Castillo y Pesquera. A este respecto leemos en las actas capitulares del Archivo Metropolitano que el caballero Francisco del Castillo pidió licencia para fabricar una capilla en la actual iglesia de Nuestra Señora la Real Antigua de Gamonal, pero se le negó, alegando que fue en sus días catedral principal del obispado, y por seguir perteneciendo al cabildo y pagar anualmente los clérigos 150 maravedises viejos no debían conceder dicha licencia.

En vista de esta negativa la piadosa y riquísima familia de los Castillo dirigió su mirada para realizar sus obras piadosas a la iglesia de la Merced. Francisco de Castillo fue hijo de Pedro González del Castillo, contador mayor y embajador del Rey Juan II de Castilla y de Leonor de Camargo y Bonifaz. Era a la sazón alcalde de Burgos y se casó con Leonor de Pesquera. Exactamente en el año 1498, debido a las grandes limosnas entregadas por este matrimonio, se inició la construcción de la iglesia en su emplazamiento dándose por terminada en 1514. A continuación transcribimos el documento de su fundación. «...Francisco del Castillo junto con su mujer Leonor de Pesquera empezaron a dar grandes limosnas eu 1498, con que se empezó la fábrica del convento e iglesia de la Merced de esta ciudad, hasta que prosiguieron y acabaron la iglesia y convento, huertas y oficinas, quedando por patronos de todo y reservando por suya la capilla mayor, las colaterales y el crucero. Dieron muchos ornamentos muy ricos y mucha plata para la sacristía...». No tuvieron hijos y llamaron a la sucesión, con obligación de llamarse de primer ape-

lido Castillo, a Andrés de Pesquera y Catalina del Castillo. Esta familia era considerada en aquellos tiempos como la más famosa de la ciudad, lo que dio lugar al dicho de «En Valladolid los Niños y en Burgos los Castillo».

Continuó en el patronato de la iglesia Alonso de Castillo Pesquera, sobrino de la fundadora Leonor de Pesquera, y posteriormente el canónigo burgense Francisco de Pesquera, quienes con sus cuantiosos bienes siguieron favoreciendo a la iglesia. Este último, lo mismo que sus mayores, fueron enterrados en el presbiterio. En efecto, antes de la reciente restauración se veían solamente dos arcos sepulcrales, y ahora cuatro, aunque dos siguen ocultos por los asientos del presbiterio, que fueron las tumbas o sepulcros señalados para sus enterramientos, aunque se hallaban ya faltos de los lucillos o arcos sepulcrales, todos ellos del más puro plateresco. En el lado de la Epístola figuraron los de Andrés de Pesquera y Catalina de Castillo con sus respectivos escudos de armas o blasones muertos ambos en el año 1516, a pocos meses de distancia. En el otro más pequeño estuvo enterrado Diego González del Castillo, regidor de Burgos, y que feneció, asimismo, en el año 1516.

En el primero de los sepulcros del lado del Evangelio estuvieron sepultados Pedro de Tamayo, junto con su hijo Gonzalo de Tamayo y su esposa Ines del Castillo, y en el otro Francisco de Pesquera, canónigo y protonotario de la catedral. Cuando Amador de los Ríos visitó la iglesia en el año 1886, ya no existía este último panteón, aunque sí su epitafio. En varias ocasiones se ha comentado acerca del origen de un sepulcro que se exhibe en la iglesia de San Gil y que precedía de la Merced; probablemente es el de Francisco, así como la famosa imagen de la Virgen de los Dolores que se venera en San Gil perteneció a la Merced, y se atribuye a Gregorio Fernández. No es de extrañar que así sea, puesto que el párroco de esta iglesia a raíz de la desamortización fue un fraile mercedario.

Los escudos heráldicos de tan hidalgas familias y que aún figuran por doquier en el interior de la iglesia, y de una manera especial en los panteones y claves de las bóvedas, así como en los muros exteriores, portada y muro exterior del brazo del crucero que da a la calle de la Merced son los siguientes: De la familia Castillo un castillo amarillo en campo colorado y una loba revuelta a un roble en campo blanco y por orla ocho armiños negros en campo blanco. De la familia Pesquera, una cruz en forma de aspa, conocida por la cruz de San Andrés, sostenida en uno de sus brazos por una mano en campo de gules. Los tenantes de los escudos de la portada son grifos, y las cimbras de los morriones o celadas de los que figuran en el crucero son águilas explayadas.

Hasta el año 1835, fecha fatídica de la desamortización, perteneció a los Mercedarios, pero después, ya no regresaron a Burgos.

Los Jesuítas en Burgos y la parroquia de San Lorenzo

II

Puesto que la iglesia de la Merced no perteneció en sus comienzos a la Compañía de Jesús, este artículo está destinado a hacer el historial, muy resumido por cierto, del establecimiento y primeros pasos de estos beneméritos religiosos en Burgos. Para lograr tal fin nos hemos servido del magnífico estudio de López Mata «La Compañía de Jesús en Burgos».

Según el Padre Flórez en su «España Sagrada» llegaron a esta capital el año 1551 los dos primeros Padres: Juan Bautis Sánchez y Hernando Alvarez, confundidos al principio por el pueblo con los Teatinos. Muchos sufrimientos, desprecios e incluso cárcel conocieron estos pioneros de la Compañía en la «Caput Castellae».

Pero la providencia velaba por sus hijos, sirviéndose del canónigo de la catedral burgense Ugochoni, sobrino del Papa León X, quien les dio unas casas que poseía en la actual plaza de Huerto del Rey, para que erigieran convento e iglesia. Con la mayor celeridad habilitaron estas casas para el culto, a tal punto que el 28 de mayo del siguiente año, o sea, el 1553, el propio San Francisco de Borja inauguró la iglesia celebrando la primera misa con ornamentos cedidos por el cabildo metropolitano. Fue un acierto que el duque de Gandía, marqués de Bombay y virrey de Cataluña viniese a Burgos, ya que esto sirvió para que disminuyera, en parte, la fobia que el clero y el pueblo sintió desde el principio contra la naciente Compañía. No se extrañen los lectores, ni tampoco se escandalicen al leer estas líneas, pues *la persecución* viniere de donde viniere, es el legado y el regalo que el Santo Fundador dejó a sus hijos a través de los tiempos.

Sin abandonar estas casas, el mismo canónigo Ugochoni, les propor-

cionó otros terrenos en el barrio de Villimar, donde ya residían en el año 1560, en el recién construído Colegio de Nuestra Señora de Belén, destinado a noviciado. En él permanecieron hasta el año 1669.

Antes de esta fecha ya habían abandonado Huerto del Rey, éstos entre las actuales calles de Almirante Bonifaz, San Lorenzo y San Carlos, en el recién construído colegio de San Salvador, ampliado posteriormente con grandes donativos de personas piadosas y pudientes.

La primitiva iglesia de San Salvador, hoy parroquia de San Lorenzo, se inició en el año 1570 bajo la dirección de Pedro Castañeda, pero ya en 1610 resultaba pequeña, debido a la penuria económica a la improvisada rapidez con que se construyó. A este respecto escribe el Padre Flórez: «...Pero no saliendo a gusto de los Padres la iglesia, la demolieron en el año 1684 y erigieron la actual, que se concluyó en diez años, pues en el de 1694 se colocó allí Su Magestad con grandes fiestas...» La noticia del manuscrito de Castillo Pesquera es mucho más escueta al decir que se derribó... «por ser mala y estar maltratada...».

En el lugar que ocupó la derruída se erigió la que hoy tiene por titular al Santo Diácono de Huesca. Se inició mediante concierto entre el Padre Felipe de Villagrán, S. J., procurador del Colegio y el arquitecto Fernando de Hazas. A pesar de hallarse abierta al culto en la fecha mencionada, sin embargo todavía en el 1719 se estaba enlosando. Diez años más tarde ya se hallaba colocado en el lugar que en la actualidad ocupa, es decir del lado del Evangelio en el altar mayor, el ostentoso sepulcro de la riquísima dama que costeó las obras con su magnífica estatua orante, doña Francisca de San Vitores.

Este mismo año la visitó el gran histotiadador y erudito Padre Palacios quedando entusiasmado de su «maravillosa hechura» y añade: «...Oy sólo le resta perccionar la fachada principal con una espadaña en donde se han de poner las campanas...».

En el año 1767 se hallaba totalmente terminada con su altar mayor y restantes que posee hoy en día.

Debido a la expulsión de los Jesuítas por el conde de Aranda, en el reinado de Carlos III, quedó convertida en templo parroquial, llegando nuestros días intacta, con la misma disposición y fisonomía que en el siglo XVIII, pero es de lamentar que no quede ningún rastro ni vestigio jesuítico, ya que no figuran las estatuas de San Ignacio de Loyola, de San Francisco Javier y otros santos de la Compañía que se hallaban en las hornacinas de algunos de los actuales altares, ni siquiera el monograma A. M. G. D. que pululaba un poco por doquier. Todo fue borrado en arreglos posteriores. De lo que se deduce una vez más, la indiferencia, animadversión y fobia que parte del clero secular sentía por la Campaña.

«La expulsión en Burgos se llevó a cabo el día 5 de abril de 1767, cerrándose las puertas de la iglesia al día siguiente, no sin antes celebrar misa cuatro frailes franciscanos, que sumieron el Sacramento y limpiaron con los purificadores los vasos sagrados».

Es la parroquia burgalesa de estilo barroco o mal llamado jesuítico, campeando aún en su fachada, así como en el antiguo colegio de San Salvador, hoy local del Orfeón Burgalés, el blasón o escudo de armas de Francisca de San Vitores, que consta de un castillo almenado con brotes de ramas de olivo entre leones tenantes y lambrequines.

Tanto la iglesia como el Colegio estaban, como acabamos de repetir, bajo la advocación de San Salvador, celebrándose su fiesta principal el día de la Transfiguración del Señor.

Pese el haber regresado los jesuítas a Burgos no se les devolvió ni la iglesia, ni el colegio, como veremos en el artículo siguiente.

Según nuestras noticias esta iglesia tuvo también su última restauración hace unos quince años por su actual párroco, el dinámico y entusiasta sacerdote don Rufino Gómez Moradillo, restauración totalmente lograda, ya que se adapta por completo al estilo barroco de la misma.

Y puesto que de restauraciones se trata queremos hacer hincapié en que otra de las iglesias restauradas, hace un año precisamente, y que se nos había pasado por alto, es la histórica de Santa Agueda, obra magna emprendida por su párroco don Fernando Calvo, gran amante del arte y de las grandezas históricas pretéritas de Burgos y ejecutada, como la mayor parte de las últimamente restauradas, por unos auténticos artistas de la piedra, los hermanos Hernando, cuyo taller se puede comparar con los de los grandes escultores del Siglo de Oro burgalés.

Vicisitudes de la iglesia y sus relaciones con el Museo Arqueológico y de Bellas Artes de Burgos

III

Terminábamos nuestro primer artículo con el abandono de iglesias y conventos por sus propietarios los frailes Mercedarios a causa de la inicua e injusta ley de la desamortización llevada a efecto por Mendizábal.

Diez años más tarde, es decir, en el 1845, fue convertida en Hospital Militar, debido a la gran cantidad de heridos y enfermos que traían de las Vaacongadas a causa de las guerras carlistas.

He aquí lo que escribe Amador de los Ríos cuando la visitó en el año 1886, o sea, veinte años después: «...la iglesia se halla dividida en dos secciones principales, convertida en almacén del hospital con sus capillas desiertas, sus muros desprovistos de altares y retablos y allá en la penumbra de la capilla mayor, ocultos por revueltos sacos de ropas procedentes de los enfermos, varios arcos sepulcrales del estilo del Renacimiento. Nada más triste que el espectáculo ofrecido por este templo de altas bóvedas ojivas, severo en su disposición, donde ya no resuenan los cánticos de la iglesia, ni las oraciones de los fieles... Todavía, como en señal de ignominia, resaltan en los negros muros los heráldicos blasones de aquellos ilustres caballeros que pensaron dormir siempre al amparo de la religión y que hoy yacen abandonados... Este cuadro entristece el alma».

La Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos en el año 1866 quiso instalar el Museo de Burgos, a la sazón sin local, en la parte libre de la iglesia de la Merced. La autoridad militar, de quien dependía entonces el edificio, sin negarse completamente a ellos, puso tales condi-

ciones y hacía tan precaria la concesión que duraría poco tiempo la exposición de los cuadros en la misma.

He aquí el documento que al gobernador civil dirigió el capitán general de la región en contestación a este asunto: «Enterado de la comunicación de V. E. fecha 5 del actual adjuntando instancia dirigida a S. M. la Reina (q. D. g.) por la Comisión provincial de Monumentos de esta ciudad en solicitud de que se digno concederle con el fin de establecer un Museo en que se reúnan aquellos objetos convenientemente, el edificio que fue iglesia de la Merced y que esta unido al ex convento del mismo nombre destinado en la actualidad a Hospital Militar, y hecho cargo también de los informes emitidos tanto por el Cuerpo de Ingenieros como el de la Administración militar de esa plaza, debo decirle en contestación, que puesto que la mencionada Comisión pide para Museo el todo de la iglesia, y de los mencionados informes resulta que sólo se puede poner a su disposición la parte que en la misma se indica, y aún ésta en concepto de interinidad y con obligación de desalojarlo en el caso de ser necesario para ensanche del Hospital, procede que la Comisión preste su conformidad... Burgos, 9 de junio de 1866».

La parte señalada fue toda la nave del Evangelio y la central hasta el crucero. Muy poco tiempo permaneció el Museo en esta iglesia, ya que el Ejército la necesitó para ampliar el Hospital, e incluso posteriormente para carnero u osario.

No cabe duda que el momento fue propicio para que las hermosas tallas del retablo mayor, al ser derribado por aquél entonces, pasasen a engrosar los fondos artísticos del Museo. En efecto, en la sala XVI se hallan expuestos los ocho altos relieves de la vida de la Virgen y de Jesús, obra de Gregorio Bigarny, hijo del gran escultor «El Borgoñón», uno de los grandes artistas del Renacimiento en Burgos. Las tallas son del más puro y fino plateresco, ejecutadas en el año 1551.

Otra de las relaciones y contactos que tuvo el Museo con la iglesia y convento de la Merced, fue que uno de los grandes cuadros que adornaban las paredes, se exhibe en el actual local adquirido por la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos a raíz de la desamortización. Se trata de un lienzo que mide 2 metros de alto por 1,50 metros de ancho y que representa a San Pedro Nolasco rendimiento a un cautivo. Perteneció al siglo XVIII y su autor es Barambio. Se llamaba Gregorio y fue religioso de la Orden de la Merced. Sin llegar a ser tan famoso como el otro fraile de la Orden Benedictina, Fray Juan Ricci, según palabras del crítico de arte Ponz «fue maestro en el dibujo» Pintó este cuadro en el año 1738 y estuvo colocado en un retablo en la actual capilla de San Ignacio.

Antes de ingresar en el Museo y ser requisado, por el Estado pasó al convento del Amor Hermoso de Burgos.

Terminadas las guerras carlistas y vueltas a las aguas pasionales a sus cauces normales en el año 1880, regresaron los Jesuítas a Burgos. Procedían de Loyola, figurando al frente de ellos el Provincial P. Luis Martín, posteriormente Superior General, que por mediación del arzobispo de esta archidiócesis, Anastasio Rodrigo Yusto, gran amigo de la Compañía, adquirieron el convento e iglesia de la Merced, que se hallaba en venta pública.

Ante el mal estado de conservación, los nuevos propietarios se apresuraron a adecentarla y adornarla, con mal gusto para nuestros tiempos, aunque no para la escritora insigne María Cruz Ebro que decía: «Es una gran señora vestida de peraclina» y fue precisamente por estas fechas, entre 1907 y 1909 que se ejecutaron en el exterior algunas reformas importantes, como la erección de la torre o campanario y la fachada que da a la calle de la Merced, obra llevada a cabo por el Hermano Jesuíta Luis Gogorza, genial constructor no solamente en Burgos y España sino también en América y Asia. Y en el interior se esculpieron o tallaron por Saturnino López Gómez, natural de Isar, los actuales retablos y confesionarios, y se adornaron los muros con enormes copias de cuadros italianos del siglo XVII quedando, al parecer, María Cruz Ebro, los Jesuítas de aquél entonces y el pueblo en general, satisfechísimos de la obra realizada, pero sin percatarse que tales adornos no encajaban en el conjunto del estilo arquitectónico del edificio, por más que se adoptaron al mismo con un pseudogótico detestable.

Desde entonces, el culto ha estado a cargo de los Jesuítas, excepto en los años de la segunda República de 1931 a 1936, quienes al ser expulsados por segunda vez, la pusieron en manos del arzobispo Manuel de Castro Alonso, que nombró al canónigo Daniel Torres Garrido, juntamente con dos coadjutores, para que continuara el culto. En el año 1936, regresaron a la iglesia, no así a la residencia que la ocuparon circunstancialmente los falangistas y a continuación la Academia de Ingenieros cadetes desde 1940 al 1954, fecha en que quedó totalmente libre. A partir de entonces el esplendor del culto se realiza con gran esmero y boato.

Su estilo y restauración logradísima

IV

Sirvan estas breves líneas de colofón a esta serie de reportajes ante la inminente inauguración oficial de esta tarde.

Sin ser la iglesia más artística de Burgos, no obstante podemos asegurar que tanto por su estilo, como su altívez y galanura resulta un conjunto agradable y grandioso. Si la comparamos con su coetánea la Catedral de Segovia, últimas construídas en España en arte ojival, podemos aplicarle el mismo calificativo, es decir «la dama de las iglesias burgalesas».

A pesar de no haber visto ningún documento que nos asegure con la máxima certeza quién fue el arquitecto que la construyó, cosa rara ante edificio de tal magnitud y grandiosidad, sin embargo por sus características es fácil deducir que intervino como maestro cantero principal el segundo de los Colonias, o sea, Simón, que a la sazón ostentaba el cargo de maestro cantero principal, es decir de arquitecto, de la obra de la Catedral, que en 1502 terminó el coro de la iglesia de San Esteban, que murió en los últimos días de octubre de 1511, cuando las obras de esta iglesia estaban a punto de terminarse y que con toda posibilidad le siguieron su hijo Francisco de Colonia, junto con los colaboradores de su padre Simón, Jesús de Ampuero, Juan de Navajeda, Rodrigo de Treto, etcétera.

Como queda ya dicho en el primero de estos reportajes se inició en el año 1498 y se terminó en 1514. Estos datos nos indican muy a las claras que su estilo es un gótico severo y tardío. Es de planta de cruz latina de tres naves con crucero o transepto, pero sin salientes el brazo horizontal o menor, carece de cimborrio, triforio y girola, elementos estos últimos de la catedrales propiamente dichas. La nave central es de gran altura y los tres ábsides son poligonales; de los pilares fasciculados ser-

gen nervios que cual ramas de palmeras forman bellísimas rosáceas o estrellas. Posee varios ventanales y dos grandes rosetones, uno al pie y el otro en la parte del transepto que asoma a la calle de la Merced. La portada es sencillísima, ya que las arquivoltas son lisas, la ornamentación se reduce a bandas o franjas de cardinas entrelazadas con animales y de todas las especies, características ésta muy típica de Simón de Colonia y la clásica conopia con su exuberante macolla. El arco inferior es rebajado, muy clásico en gótico isabelino, y el tímpano es liso, conservando aún restos de pintura con el monograma de Cristo, obra posterior de los Jesuítas en el año 1907, aunque conservando todavía el doselete o umbela, lo que nos demuestra que en su día osrentó el tímpano una estatua, probablemente de la Virgen. A ambos lados y en su parte superior se pueden contemplar los escudos heráldicos de los Castillo y de los Pesquera, figurando como tenantes cuatro grifos. Estos mismos escudos, pero con seladas y cimera con águilas explayadas y lambrequenes, más sin tenantes, aparecen en la parte exterior del brazo menor de la cruz.

El insigne orfebre «maestro Calvo», mundialmente conocido y admirado y galardonado últimamente con el premio nacional de Artesanía, cuyo premio recibió de manos del Jefe del Estado, nos acaba de dar un dato interesantísimo respecto a los fundadores de esta iglesia: Que las laudas sepulcrales con sus epitafios se hallan vueltas hacia el suelo en el claustro bajo de la Catedral. Posiblemente fueron trasladadas en el momento en que la Merced fue convertida en hospital militar.

Los trabajos de restauración han sido extensos, duros, dificultosos y rápidos. El edificio entero en su interior ha sido restablecido y renovado con un respeto admirable a su primitiva fisonomía con el cuidado escrupuloso por parte de cuantos han intervenido en su restauración para hacerla reaparecer, en toda su belleza austera y sencilla, el arte de los primitivos constructores. Cada pieza ha ocupado su lugar preciso, cada miembro arquitectónico ha conservado todo su valor. En la actualidad da la impresión de una iglesia del siglo XV, no así antes.

Se empezó por desencalar las bóvedas y muros interiores, quedando las hiladas e impostas al descubierto, no sin haber tenido que retocar y rellenar muchas rupturas y desperfectos que se hallaban ocultos tras la cal. Cientos de camiones de porquería y basura se extrajeron de la suciedad almacenada en tantos siglos. El segundo trabajo consistió en abrir ventanales y portadas que estaban unas tapiadas y otras ocultas, ganando en un cien por ciento la iluminación natural, y por tanto la claridad. En el tercero se llevó a cabo el saneamiento del subsuelo, que buena falta tenía; y posteriormente el embaldosado con su vistoso y fino pulimento. Respecto a esto último, a causa de la proximidad del Arlanzón, las aguas

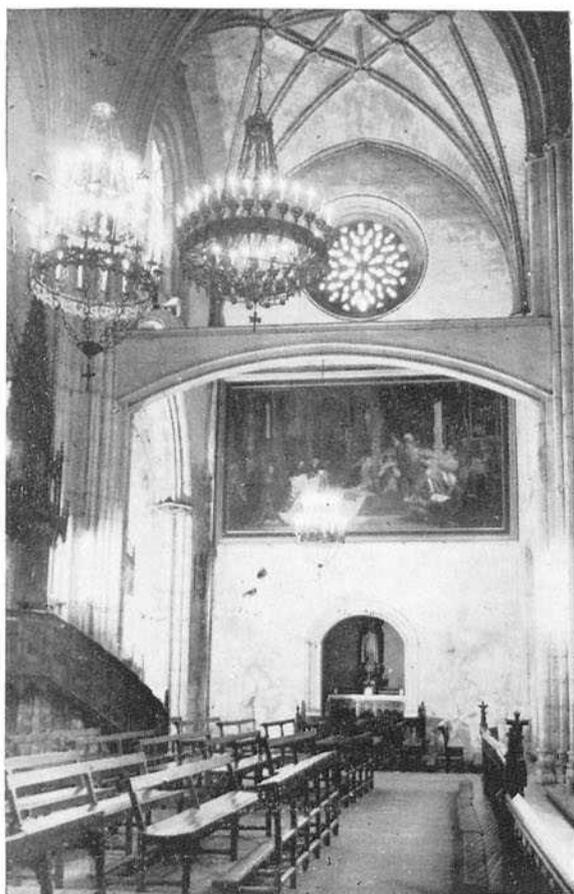
se filtraban con suma facilidad. En un documento del año 1593 se lee que «...la iglesia de la Merced se llenaba de agua cuando el Arlanzón salía de madre y como está sin manguardía y sin defensa alguna, el agua viene a salir por el camino estando necesitado de una profunda y rápida reforma, donde la puentecilla que está junto al monasterio de la Merced hasta llegar a la puente que se llama los Malatos...». Con el actual muro de contención, del siglo pasado, las inundaciones se han evitado, no así las filtraciones de aquí la humedad y podredumbre que se observó al quitar el antiguo, antiestético y deteriorado entarimado. El saneamiento actual es perfecto. Al propio tiempo que se realizó este importantísimo e indispensable trabajo se instaló la calefacción, modelo en su estilo. Con estos trabajos el piso ha quedado rebajado en medio metro, dando de esta manera más esbeltez, airocidad y garbo al conjunto, así como más visibilidad a los altares, pues debido al rebaje se han tenido que añadir algunos escalones de jaspe finísimo. Otra de las reformas ha consistido en empujar los ocho confesionarios dentro del muro, sustituyendo a los anteriores, tan antiestéticos y de tan mal gusto, por otros más modernos y más sencillos y como los hombres nos confesaremos como las mujeres, ganarán aún más en amplitud la nave lateral, al propio tiempo que desaparecerían los altares, el del Cristo que se exhibe actualmente en el ábside de la antigua capilla de la Virgen de Fátima, colocación magistral, y el de la Sagrada Familia, cuyo grupo escultórico, con gran acierto, ha sido colocado a la entrada de la sacristía. A veces en las iglesias es difícil acertar con la iluminación artificial, sin embargo en esta ocasión ha sido perfecta, tanto la directa como la indirecta. De noche reverberará el conjunto como una ascua. Los bancos han sido sustituidos por otros nuevos y más apropiados a la reforma del conjunto. Y finalmente en cuanto a la mesa del altar mayor, totalmente en piedra labrada, se adapta al nuevo espíritu de la liturgia, así como a la total reforma y restauración tan felizmente lograda.

Sin que se nos tilde de iconoclasta y progresista, y atendiéndonos única y exclusivamente al aspecto artístico, en nuestra modesta opinión han quedado tres cosas que merecen ser retocadas, y supongo lo serán en su día en el exterior, la casa número 8 de la calle de la Merced, quita luz y vistosidad a dos de los tres ábsides de la iglesia, y que no nos explicamos cómo ni por quién fue autorizada su construcción. Y en el interior los tres retablos que aún quedan, de un pseudogótico recargadísimo totalmente opuesto al sobrio del conjunto arquitectónico, y por añadidura atacados por las termitas, tendrían que desaparecer, para dejar solamente y sobre peanas algunas de las actuales imágenes. El coro alto pide así-

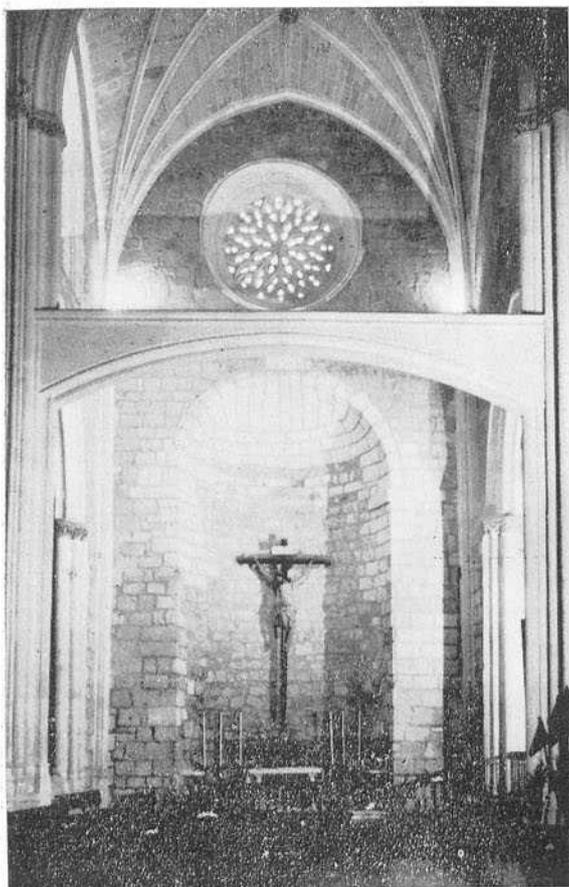
mismo su desaparición por lo anacrónico y antiestético con respecto al conjunto.

Y terminamos esta serie de reportajes expresando nuestra más entusiasta felicitación al benefactor don Nazario González y familia por su aportación pecuniaria, merced a la cual ha sido posible la restauración. A los hermanos Hernando y cuadrilla de obreros que han sabido llevar a feliz término obra de tal envergadura. Al dinámico y emprendedor Padre Eloy Varona, actual rector, y en él a los PP. y HH. Jesuítas que con gran tesón han sabido soslayar las grandes dificultades. Y por qué no!, asimismo a todos los asiduos frequentadores de esta iglesia que con gran paciencia hemos sobrellevado el tiempo que ha permanecido cerrada. Del celo, eficacia y acierto de las obras da testimonio la casi totalidad de cuantos la visitan.

BASILIO OSABA Y RUIZ DE ERENCHUN



IGLESIA DE LA MERCED.—Cabecera y ochavo de la nave del Evangelio (Antes de la restauración)



IGLESIA DE LA MERCED.—Cabecera y ochavo de la nave del Evangelio (estado actual).